



**EL HUMOR COMO UNA
PROVINCIA FINITA DE SENTIDO
DEL MUNDO DE LA VIDA:
NEGOCIANDO NORMAS EN LA
INTERSECCION DE DIFERENCIAS
INTERRACIALES***

**AUTOR
MICHAEL D. BARBER**

Cómo citar este artículo: Barber, M. (2019) El humor como una provincia finita de sentido del mundo de la vida: Negociando normas en la intersección de diferencias interraciales. Revista Diferencias, N. 7, XXX-XXX

Artículo

Recibido 07/10/2018

Aprobado 03/12/2018

*Traducción del inglés de Esteban Marín Ávila

RESUMEN

El artículo se centra en un ejemplo de un intercambio humorístico que el autor tuvo con un amigo afroamericano en una situación cargada de tensión interracial. Con apoyo en el texto “*On Multiple Realities*”, de Alfred Schutz, se explica qué es una provincia de significado finita y se muestra cómo la *epoché* propia de la provincia finita de sentido del humor, así como la relajación de la tensión de la conciencia y las relaciones sociales características de ella, permiten la negociación de normas en la intersección de la profunda división interracial de los Estados Unidos contemporáneos.

PALABRAS CLAVES: ALFRED SCHUTZ; FENOMENOLOGÍA; MUNDO DE LA VIDA; REALIDADES MÚLTIPLES; HUMOR.

ABSTRACT

This paper describes a humorous dialogue the author had with an Afroamerican friend in a situation which was charged with interracial tension. Drawing upon Alfred Schutz’s text “*On Multiple Realities*”, the author explains what a finite province of meaning is and shows how the *epoché* pertaining to the finite province of meaning of humor, as well as the relaxation of the tension of consciousness and the special sort of social relationships that go hand in hand with it, allow the negotiation of norms across the deep interracial division characteristic of the US.

KEYWORDS: ALFRED SCHUTZ; PHENOMENOLOGY; LIFEWORLD; MULTIPLE REALITIES; HUMOUR.

INTRODUCCIÓN

Comenzaré con un ejemplo de un intercambio humorístico que tuve con un amigo afroamericano en una situación cargada de tensión interracial. Luego, apoyado en el texto “On Multiple Realities”, de Alfred Schütz, explicaré qué es una provincia finita de sentido. Después, usaré este caso para mostrar cómo los tres rasgos de la provincia finita de sentido del humor —la *epoché*, la tensión de conciencia y las relaciones sociales— permiten la negociación de normas atravesando la profunda división interracial que actualmente lo penetra todo en los Estados Unidos. Hay que añadir que la noción de “raza” refiere aquí a rasgos morfológicos a los que se les han atribuido diversos significados culturales e interpretativos a lo largo de una larga historia (Appiah, 1992).¹

1. UN EJEMPLO, EL HUMOR Y EL SIGNIFICADO DE UNA PROVINCIA FINITA DE SENTIDO

Mi amigo de muchos años y yo caminábamos por una tienda en la ciudad racialmente dividida de St. Louis, donde vivimos. Entonces, él saludó a tres mujeres blancas y ninguna le respondió, aunque yo no advertí su saludo ni la falta de respuesta de ellas. Súbitamente, se volteó hacia mí y dijo: “acabo de saludar a tres mujeres blancas y ninguna de ellas me devolvió el saludo. ¿Cuál es el problema de tu gente?”² Hubo una pausa y estallé en risas, y él se rió conmigo.

Este incidente involucra una situación que altera una expectativa intencional normativamente conformada o que es incongruente con ella; y, de acuerdo con la teoría de la incongruencia, dicha incongruencia está en el núcleo del humor. En este caso, que mi amigo de muchos años me situara en el grupo racial con las mujeres blancas, a quienes percibió como negándose a responderle por motivos raciales, desdibujó mi expectativa de que, luego de años de amistad, habíamos superado las barreras raciales; es decir, de que sería tratado como un amigo que no participaría en acciones racistas hacia él —una expectativa que había devenido normativa luego de años de relacionarnos de manera rutinaria. Sin embargo, la frustración de la intencionalidad no basta para el humor, el cual también requiere que la persona que capta (y disfruta de) la incongruencia se incline a reír o pueda ver el carácter risible del contenido (Martin, 1987: 178-179).

Sin embargo, hace falta aún más para constituir el humor,

el cual pertenece a una provincia finita de sentido correlativa a una de las múltiples realidades analizadas por Schutz con apoyo en los conceptos de la fenomenología. Para entender lo que es una provincia finita de sentido, debemos comenzar con la adopción de una *epoché* análoga a la *epoché* fenomenológica, con la cual uno adopta una actitud intencional global que incluye dentro de sí toda clase de subactos dirigidos intencionalmente y que se separa del mundo pragmático de la vida cotidiana. En nuestro caso, estábamos enfrascados en el proyecto pragmático de comprar en una tienda cuando este comentario nos catapultó fuera del mundo pragmático hacia la provincia de sentido del humor.

El mundo pragmático consiste en una forma de espontaneidad específica que depende del “trabajar” [*working*], de la acción en el mundo exterior basada en un proyecto que busca producir un estado de cosas a través de movimientos corporales (Schutz, 1962: 212). A su vez, esta forma de espontaneidad requiere una tensión de la conciencia, una vigilia amplia y una atención a la vida específicas; y esto en un sentido similar a como, para Bergson, la acción perceptual sobre el mundo sólo selecciona, de la vasta reserva de recuerdos, aquellas rememoraciones (por lo común motores) que son útiles para la acción inmediata, no permitiendo que la imaginación de un agente divague entre recuerdos o imágenes que suelen asociarse pasivamente entre ellos (Schutz, 1962: 230; Bergson, 1950: 17, 20-21, 36, 217, 223, 303, 302-307, 315-316; Bergson, 1920: 90-91, 93-94, 128, 155, 178-180, 185). Lo que es más, uno tiene experiencia de sí mismo como de una mismidad indivisa que se involucra en actos de trabajo que siguen transcurriendo (un sí-mismo que se bifurca cuando sale de su autoabsorción durante la acción y reflexiona sobre sí); y, al perseguir intereses pragmáticos, uno opera como el punto 0 de sus coordenadas espacio-temporales y sociales (Schutz, 1962: 216, 222). Finalmente, las relaciones sociales del sujeto en el mundo pragmático suelen operar sobre la base de una implicación comunicativa con los otros que es corporal y se da en la intersección del tiempo interno y el tiempo estándar, cooperando con los otros con el objetivo de hacer realidad proyectos pragmáticos (Schutz, 1962: 218-222; Schutz, 2011: 157).

Uno se adentra en varias provincias finitas de sentido a través de *epochés* especiales, y cada una de estas provincias de sentido tiene su propia forma de espontaneidad, que incluye diferentes relevancias (a menudo no-pragmáticas), así como una tensión de conciencia, una experiencia de uno mismo y relaciones sociales que le son propias. En “On Multiple Realities”, Schutz presenta desarrollos sobre las provincias de la fantasía, los sueños y la contemplación teórica-científica, pero sugiere otras, como la de los chistes, la del juego o la de la religión (Schutz, 1962: 231). Todas estas provincias, una de las cuales es la del mundo pragmático de la vida cotidiana, conforman el mundo de la vida que las abarca con anterioridad a cualquier puesta en juego de la reducción fenomenológica. Las provincias son “finitas” porque

¹ En este sentido, Kwame Anthony Appiah describe la “raza” como una “metonimia de la cultura” (Appiah, 1992: 45).

² N. del T.: La expresión original, “*What is wrong with you people?*”, no puede traducirse de manera literal al español, entre otras razones porque no existe en nuestra lengua el recurso de especificar un pronombre añadiéndole un sustantivo a continuación. Sin embargo, he procurado mantener su sentido y optado por modificar con el mismo criterio las variaciones que el autor hace de ella más adelante.

ninguna fórmula de transformación hace posible referir una a otra, y uno pasa de una provincia a otra a través de un salto kierkegaardiano que se experimenta subjetivamente como un shock (Schutz, 1962: 232).

2. LA EPOCHÉ DE LA PROVINCIA FINITA DE SENTIDO DEL HUMOR Y SU IMPORTANCIA PARA LA NORMATIVIDAD EN LA INTERSECCIÓN DE LA DIVISIÓN RACIAL.

Si quedarse dormido es la *epoché*-puerta que conduce a la provincia de los sueños y la apertura del telón la *epoché* que nos lleva al mundo del teatro, la *epoché* que abre la esfera humorística puede ser la frase que usamos cuando empezamos a hacer chistes —por ejemplo: “¿te sabes el chiste del sacerdote, el pastor y el rabino?”— o una sonrisa traviesa en la cara de nuestro interlocutor. En el caso del comentario de mi amigo, es un comentario tan contrario a lo que se espera que uno reconoce inmediatamente que tiene una intención cómica y advierte que ha saltado —o ha sido traspuesto—, con su interlocutor, dentro de la provincia del humor.

Así como la *epoché* fenomenológica transforma la realidad cotidiana —que ya no se vive de manera pragmática, sino que es vista reflexivamente de modo tal que los objetos intencionados por actos ahora son observados como fenómenos—, así también la *epoché* del humor transforma la realidad pragmática del día a día. Ordinariamente —y aquí podríamos añadir, normativamente—, agrupar a alguien simplemente en razón de su color de piel con otros del mismo color que han dado muestras de —lo que se podría considerar— un comportamiento racista sería ello mismo un tipo de clasificación ofensiva y crudamente racista. Pero el “¿cuál es el problema de tu gente?” de mi amigo frustra esta norma, además de hacer lo mismo con una norma que reguló nuestra amistad de manera implícita por muchos años, a saber, que por nuestra cálida relación, yo nunca esperaré que él me agrupe con quienes tienen prejuicios racistas.

Sin embargo, nuestra reacción mutua, el reírnos de las violaciones a estas normas, indica que las mismas no debían tomarse como en la vida cotidiana normal —en la cual podrían provocar ira, una objeción (porque yo estaba siendo categorizado como racista debido a mi color de piel) o tristeza (debido a que mi amigo me tomó por alguien con prejuicios en su contra). Al poner entre paréntesis estos sentimientos, apropiados para la vida cotidiana, la risa lleva a cabo una “anestesia del corazón”, como subraya Henri Bergson (1956: 64). Además, en la esfera del humor, se suspende otra (meta) norma dada por sentada en la vida cotidiana, a saber, que las expresiones que violan normas deben ser tomadas en su significado directo. De hecho, una contranorma regula el reino del humor, a saber, que bajo sus auspicios las violaciones a las normas cotidianas no deben ser tomadas tal y como lo serían en la vida cotidiana, esto es, con la intención de violar-

las en serio. Dentro del contexto que establece, la *epoché* del humor lleva a cabo una especie de modificación de neutralidad con respecto a las violaciones de normas llevadas a cabo por expresiones; violación que es paralela a la forma en que la reducción fenomenológica introduce una modificación de neutralidad con respecto a las noesis dóxicas bajo su ámbito, de tal manera que la “cuestión respecto a la razón y sinrazón no tiene significado” (Husserl, 2013: 344-345). De igual manera, tal como la memoria (Husserl, 2013: 345-348), la fantasía por lo general implica una modificación de neutralidad de las noesis perceptivas y creencias, así como de sus contenidos noemáticos (en lugar de un simple debilitamiento de su intensidad sensible). Además, mientras que el humor surge de la violación de normas (esto es, de la frustración de las expectativas), las expresiones a través de las cuales dichas normas son violadas contienen o implican creencias con contenidos noemáticos —a saber, en este caso, que toda la gente blanca tiene un problema cuando se trata de relaciones raciales y que yo también, como blanco, comparto este problema. Estas creencias, también, han de ser neutralizadas cuando se pone en juego la *epoché* del humor, pues no era en absoluto claro que mi amigo realmente consideraba estas creencias como verdaderas. Pudo haberse sentido tentado, frente a lo que le pareció que era una negativa a reconocerlo por motivos racistas, a responder de la misma forma con una cruda creencia racista (que toda la gente blanca tiene un problema). Sin embargo, el escenario de su comentario neutraliza precisamente esta creencia expresada y le permite escapar del ciclo de responder con un toma y daca racista.

Desde luego, no hemos establecido la veracidad de la creencia de mi amigo según la cual las tres mujeres que le negaron el saludo lo hicieron por motivos racistas. Ciertamente, la norma que según su hipótesis regularía la falta de respuesta de las mismas (a saber, que uno debe tomar distancia de los hombres negros) no está confirmada. No obstante, estas creencias, las condiciones que condujeron a su remate (“¿cuál es el problema de tu gente?”), quedan subsueltas dentro de la esfera del humor una vez que la *epoché* humorística ha sido puesta en juego. Dentro de esa esfera, la verdad de esas creencias se convirtió en cierto sentido en irrelevante para el humor. Aún si las mujeres blancas no hubieran estado motivadas de manera racista y aún si no fuera cierto que está mal no responder a los hombres negros por ser negros (aunque creo que lo es), el hecho de que mi amigo se perciba a sí mismo como falto de reconocimiento y de que luego atribuya un problema interracial a toda la gente blanca, incluyéndome a mí, es de todos modos chistoso, simplemente por las incongruencias que implica. La verdad de los hechos o la validez de las normas se vuelven irrelevantes una vez que la *epoché* del humor entra en juego. De hecho, se podrían poner en cuestión otros aspectos de las circunstancias precedentes que provocaron el comentario cómico: ¿mi amigo fue demasiado sensible a las reacciones de otros y se apresuró a atribuirles racismo debido a la larga

historia de racismo de EE.UU. y al carácter dividido de nuestra ciudad? ¿Me comporté yo como una persona insensible e inconsciente de las formas en que la gente negra sufre desaires, rechazos y faltas de respuesta por parte de la gente blanca, formas que han sido descritas como "microagresiones"? Al ser blanco, tengo poca idea de lo que significa entrar a un cuarto y ser visto como negro, con todo el bagaje interpretativo sobre los afroamericanos que los blancos pueden poner en juego. En la esfera del humor, sin embargo, la respuesta a estas preguntas no es necesaria. Lo que la *epoché* del humor consigue es, no obstante, permitir que las normas que antes no habían sido reconocidas se hagan visibles y que emerjan aseveraciones fácticas; pero el humor ocurre sin la necesidad de que tenga lugar una decisión sobre la validez de aquellas normas y aseveraciones. Al hacer visibles esas normas y aseveraciones, hay un estímulo para formular preguntas ulteriores, como la de si mi amigo estaba sensibilizado en exceso o si yo fui ciego a la experiencia negra; pero dentro de la esfera del humor, no hay necesidad de darles respuesta. De hecho, responder tales preguntas sobre la validez sería abandonar la actitud humorística y asumir la actitud teórica que Schutz describe. El humor, como la *epoché* fenomenológica, lleva a cabo el servicio epistemológico de abrir un campo de normas y aseveraciones para que puedan ser simplemente vistos, al tiempo que deja a un lado la cuestión acerca de si han de ser apoyados o no.

Sacar a la luz a través del humor las diferentes normas y aseveraciones operantes es algo especialmente valioso cuando se trata de diferencias culturales y raciales profundas, ya que podemos ser muy inconscientes de las mismas. Por ejemplo, mi amigo observó en una ocasión que muchas de las personas blancas que conoce, cuando presionan el control remoto para abrir o cerrar las puertas de sus automóviles, apuntan al automóvil, mientras que en su experiencia, la gente negra con frecuencia presiona el botón en sus bolsillos con indiferencia. Nunca se me había ocurrido que quizá nuestras normas culturales y condicionamientos psicológicos diferentes, en lo que respecta a lo deliberado y lo casual, pueden marcar nuestros movimientos corporales más simples. Esto disipaba mi suposición de que mi forma de operar el control remoto era universal. Este ejemplo sugiere la monumental cantidad de conductas y suposiciones inexaminadas y dadas por sentadas que caracterizan a aquellos que están separados entre sí por suposiciones culturales.

Claro, el peligro de la *epoché* humorística es que toda clase de humor racista y sexista puede ser expresado dentro de sus paréntesis, y los bromistas siempre son capaces de disculpar su conducta al establecer que "sólo era un chiste", que no se estaba afirmando ninguna idea o norma. Sin embargo, si se tiene evidencia de que dichos bromistas expusieron creencias o prácticas racistas o sexistas antes de la *epoché* humorística, entonces puede suponerse que están llevando a cabo sus patanerías de la vida cotidiana por medio —o bajo el disfraz— del humor y que, por consiguiente, la

puesta entre paréntesis de la vida cotidiana se ejecuta de una manera menos completa y menos crítica de la que parece corresponder al caso de la intervención de mi amigo. No obstante, volveré a este problema al discutir el papel de las relaciones sociales dentro de la esfera humorística.

3. LA TENSIÓN DE LA CONCIENCIA, LA NORMATIVIDAD Y LA DIVISIÓN RACIAL

Como se mencionó, en el mundo de la vida cotidiana uno se enfoca pragmáticamente en acciones corporales; vive en la experiencia del presente dirigido hacia su objeto y en plena vigilia, atento de manera activa, sin experimentar pasivamente las reacciones (como las atracciones o los movimientos corporales) provocadas por lo que Leibniz llamó la espuma de las percepciones indiscernibles (Schutz, 1962: 210-215). Sin embargo, en el reino de la fantasía, la tensión de la conciencia se relaja; se nos deja libres de los motivos pragmáticos que gobiernan la vida cotidiana y no estamos ya interesados en dominar el mundo para superar resistencias o cumplir metas (Schutz, 1962: 234-235). De manera semejante, el soñar, que inicia con la *epoché* de quedarse dormido, exhibe la tensión más relajada de la conciencia. Dentro del soñar, las percepciones somáticas del cuerpo propio son percibidas sin que se les preste atención; deseos inconscientes escapan hasta cierto grado de la censura de la atención y emergen hacia lo prominente, aunque confusos y disfrazados con sustitutos simbólicos; y las síntesis pasivas son evocadas con regularidad: un rasgo, sentimiento o evento en un sueño rápidamente nos refiere a otro que está debajo del nivel del control consciente. Recuerdos, retenciones y reproducciones de las experiencias volitivas cotidianas reaparecen en los sueños, modificadas y reinterpretadas de acuerdo con el esquema de referencia que prevalece en el sueño, como lo ha explicado la técnica psicoanalítica. Sin embargo, solo podemos interpretar los deseos y los sentimientos inconscientes liberados en el sueño desde una esfera exterior al mismo, a través de un proceso que implica remontar los contenidos del sueño a las experiencias de la vida cotidiana con las que se asocian esos deseos y sentimientos (Schutz, 1962: 240-244).

Schutz no fue el primero en trazar paralelos entre los sueños y los chistes, pues ya en 1905, en su libro *Los chistes y su relación con el inconsciente*, Sigmund Freud (1963: 28, 89, 165) destacó en repetidas ocasiones dicha conexión. Mientras que Schutz habla de la síntesis pasiva que ocurre debajo del control del ego, Freud llama la atención acerca de los movimientos involuntarios de los chistes, esto es, sobre cómo no podemos saber por anticipado lo que el chiste dirá y sobre cómo hay más bien "un súbito relajamiento de la tensión intelectual y, entonces, de una vez por todas, el chiste está ahí" (Freud, 1963: 167). Además, los sentimientos como la agresión se disfrazan de tal manera que hay, como en los

sueños, un contenido manifiesto y otro latente que debe ser descifrado. Así, un sentimiento hacia un objeto adquiere una expresión indirecta a través de un sustituto o molestias en la vida cotidiana se desplazan y aparecen en un contenido humorístico; el cual, no obstante, está en continuidad con esa vida (Freud, 1963: 19, 28, 88, 108, 160). Mientras que lo que se considera correcto dicta que los asaltos agresivos sobre los demás están prohibidos, el humor puede insultar de manera encubierta; entonces, por un lado, el humor se rebela contra las demandas de la moralidad y la cortesía; y, por otro, todavía se somete hasta cierto grado a las normas de lo que se considera correcto debido a que su filo se achata con la risa que el bromista provoca a través del humor (Freud, 1963: 103, 110, 136, 171).

El “¿cuál es el problema de tu gente?” de mi amigo debe entenderse como irrumpiendo dentro de la tensión de conciencia relajada propia del humor, sin planamiento consciente y a través de síntesis pasivas en las cuales probablemente asoció la blancura de las mujeres con mi blancura, atribuyéndome a mí el supuesto problema de ellas con las diferencias raciales. Su comentario, que implícitamente me acusaba de ser racista, exhibe el tipo de agresividad que Freud adscribe a las bromas. Sin dudas, su acusación hacia mí, a pesar del humor, surgió de sus experiencias pasadas con el racismo blanco –de las cuales estoy al tanto–; estas experiencias generaron un profundo reservorio de ira y frustración que fue despertado por la repetida falta de respuesta de las mujeres blancas. El carácter agresivo de su humor conmigo es congruente con el tipo de agresividad que el humor puede transmitir, tal y como lo muestra una de las alternativas a la teoría de la incongruencia, la “teoría de la superioridad”, en tanto explica el humor como algo que da una sensación de exaltación sobre un rival humillado. Aunque el humor de mi amigo fue provocativo, como sugiere Freud, el humor a menudo insulta de manera encubierta, y el carácter cómico de la intervención de mi amigo suavizó su filo punzocortante. Se mostró desafiando las normas al acusarme de ser racista por ser blanco pero conteniéndose para no agredirme verbalmente. El humor expresa ira, al tiempo que también la modula y la atempera, incluso haciendo que su carácter incisivo sea palpable para el que la recibe. En este sentido, parecen existir también restricciones incluso cuando se violan normas; de manera similar, los sueños liberan deseos suprimidos o impulsos prohibidos, pero no dejan de disfrazarlos con imágenes sustitutas. Como lo entiende Freud, la tensión relajada de la conciencia del humor hace posible una expresión inofensiva y, al mismo tiempo, la descarga de sentimientos tales como el resentimiento y la ira. Así como la *epoché*, al hacer explícitas normas implícitas y aseveraciones de hechos controversiales, puede preparar el escenario para su consideración discursiva, así también la tensión de conciencia relajada del humor es de ayuda en este proceso de revelación, pues hace que uno sea capaz de ventilar sentimientos que podrían dificultar una discusión crítica ulterior;

de esta manera, aligera al interlocutor para que una conversación reflexiva mutua sea posible. Sin embargo, embarcarse en semejante deliberación requeriría que los interlocutores salieran de la provincia de sentido humorística y llevaran a cabo la *epoché* teórica, dentro de la cual, desde luego, se lleva a cabo el presente análisis.

4. LAS RELACIONES SOCIALES DE LA PROVINCIA HUMORÍSTICA DE SIGNIFICADO Y LA NORMATIVIDAD

Mientras que en la vida pragmática las relaciones sociales dependen del involucramiento comunicativo, corporal y con miras a proyectos pragmáticos, la situación es diferente en otras provincias de sentido; pues, de acuerdo con Schutz, el soñar es solitario, la fantasía puede tener lugar en soledad o con otros y el teórico responsable debe ponderar por sí mismo las aseveraciones hechas por otros. El humor, sin embargo, suele emprenderse con alguien más (Freud, 1963: 143);³ y, como lo sugiere mi ejemplo, de manera similar a como les ocurre a dos niños que disfrutan de la interacción juguetona cuando se arrojan juntos dentro de la esfera del juego, al momento de la *epoché* humorística, mi amigo y yo saltamos juntos en un sentido kiergekaardiano a la esfera del humor, en la cual hacemos temporalmente a un lado los imperativos de la acción pragmática.

Dentro de la esfera humorística, los compañeros asumen roles intercambiables –quien cuenta y quien escucha chistes– y en algunas ocasiones llegan a conformarse roles asimétricos, como cuando un compañero asume de manera ocasional o regular el rol de quien molesta y el otro el de quien es molestado (Berger, 1997: 71). Se podría explorar las relaciones sociales dentro del humor en términos de la concepción de Schutz de la estructura del mundo social: por ejemplo, un endogrupo construye un tipo humorístico de los miembros distantes del exogrupo sin aceptar a ningún miembro del grupo-exterior en su círculo, como podría ocurrir con ciertas formas racistas o sexistas de hacer-humor (Cohen, 1999: 29). Semejante humor compartido podría crear entre los miembros del endogrupo racista o sexista el tipo de intimidad que Ted Cohen describe como algo que surge si un chiste tiene éxito, en la medida en que el descubrimiento de que alguien más encuentra graciosa la misma cosa que yo me proporciona una confirmación de mi propio sentido del humor y crea una “comunidad de diversión”. El intercambio humorístico entre mi amigo y yo contrasta con el de los

3 Aquí Freud destaca que uno puede disfrutar de lo cómico en soledad, pero un chiste debe ser contado a alguien más. En otro lugar he argumentado que a través de un análisis del motivo-porque podemos reconocer de qué manera, en los distintos estilos de humor en los que nos involucramos individualmente, incluso lo que encontramos humorístico es algo que ha sido aprendido de otras personas.

miembros del endogrupo, cuyo humor apunta a un grupo distante de contemporáneos, pues nuestra interacción ocurrió en la relación cara-a-cara entre consociados; sin embargo, es posible decir que mi amigo y yo también compartimos el tipo general de intimidad que Cohen describe.

La intimidad que Cohen describe puede entenderse de una manera más plena si se considera que cualesquiera dos compañeros que se arrojen en la provincia finita de significado del humor ponen entre paréntesis las normas (de cortesía, por ejemplo) que regulan la vida cotidiana para participar en conjunto en una nueva realidad cuyas normas hasta cierto punto construyen juntos. En esa esfera humorística, relajarán el control del ego para apoyarse más en asociaciones sintéticas pasivas y espontáneas, que se despliegan de manera rápida y no planeada; las mismas resultarán en configuraciones cómicas que pueden dar expresión a impulsos y sentimientos frecuentemente reprimidos en la vida cotidiana. Si en esta fragilidad de la esfera humorística los dos compañeros se las arreglan para tomarse en cuenta en un grado suficiente como para no ofenderse en los intercambios humorísticos —y, no obstante, disfrutar del humor que comparten—, entonces la confianza y la intimidad se incrementarán. En caso contrario, la relación podría deshacerse con facilidad. El desafío de mi amigo a las normas de la vida cotidiana al incluirme en el aparente racismo de otra gente blanca solamente porque soy blanco fue algo provocador; sin embargo, me trató con consideración en la medida en que acolchó su agresión con humor. Como si fuera por mi bien, permitió que su agresividad estuviera constreñida por las normas de la amistad. Con ello, evitó ofenderme y buscó preservar la precaria intimidad implicada en nuestro hacer-humor-en-conjunto [*making humor together*].

Ahora bien, a la hora de discutir la relación entre interlocutores en la esfera del humor, es útil emplear las distinciones desarrolladas por la ciencia lingüística: la dimensión pragmática (entre hablantes) del discurso (que difiere de las relevancias “pragmáticas” de la vida cotidiana) como opuesta a las dimensiones semántica (objeto-del-discurso) o sintáctica (intra-discursiva) (Morris, 1946: 217-220). Cuando se explica cómo una aseveración (por ejemplo, “¿cuál es el problema de tu gente?” —ella misma una pregunta retórica— confronta las suposiciones de un oyente —las cuales pueden articularse en un conjunto de creencias expresadas en enunciados—, lo que se hace es analizar las relaciones sintácticas entre aseveraciones. Pero cuando uno explica cómo un interlocutor modula deliberadamente sus enunciados para, a la vez, expresar ira y evitar propinar una ofensa a su oyente, uno está colocando el foco en la relación pragmática que está a la base de los intercambios semánticos-sintácticos.

Al concentrarse en esta dimensión pragmática, uno puede luego analizar más profundamente cómo el intercambio entre mi amigo y yo revela un potencial para reformar prácticas existentes. Pues mi amigo no pronunció su enunciado en presencia de las mujeres blancas que lo habían ignorado,

sino sólo ante mí. Desde mi punto de vista, lo hizo porque no anticipó que fuera a ser recibido placenteramente por parte de ellas. Pero sí me tipificó a mí como alguien con quien podía expresar sus frustraciones con la gente blanca, incluso con cierto grado de agresión; con lo cual me confió lo que no necesariamente compartiría con otra gente blanca. También me tipificó como alguien que interpretaría su expresión de manera benigna; con lo cual estableció conmigo un tipo de intimidad especial, comunicándome la vulnerabilidad propia de ser un negro que mantiene relaciones con blancos, aún cuando esa vulnerabilidad fuera comunicada a través de algo que podría parecer un ataque. Además, como si se tratara de desarrollar esa intimidad aún más, moduló el filo de su comentario a través del humor de manera tal que esa expresión sea agradable para mí. En esta dimensión pragmática, mi amigo indicó que quería mantener nuestra amistad; y ello aún cuando, en el nivel sintáctico, también me estaba recordando que soy blanco, que hay una diferencia profunda entre nosotros que nunca surcaré por completo.

Esta diferencia profunda puede explicarse a través de muchos tipos de diferencias. Entrar en una tienda y saludar a gente que posiblemente no responda simplemente por todas las asociaciones que se vinculan con el color de piel oscuro es un ejemplo del tipo de experiencias por las que los negros pasan regularmente, experiencias de las cuales los blancos no tienen ni idea. Para tomar otro ejemplo en esta línea, entre los afroamericanos, los casos en que la policía dispara a hombres negros desarmados son sentidos frecuentemente de una manera mucho más intensa que entre los blancos; los cuales rara vez han sufrido el acoso y autoritarismo de la policía padecido por los negros, acoso casuado fundamentalmente por las asociaciones vinculadas con su color de piel. A esto hay que agregar que por ser blanco, me he beneficiado de estructuras económicas y políticas injustas y racistas que han evolucionado durante siglos y producido enormes inequidades; de lo que resulta que el hecho de que mi amigo me asocie pasivamente con toda la gente blanca se podría justificar racionalmente en la esfera teórica. En este sentido, no soy tan inocente del racismo como parezco haber pensado en una primera instancia, cuando me sorprendí de que él me vinculara con las mujeres blancas.

En resumen, en el nivel semántico, el “tu gente” de mi amigo destacó la diferencia entre nosotros y sugirió la suposición normativa de que nunca debí haber asumido que había sobrepasado el hiato racial entre nosotros. No obstante, en el nivel pragmático, también estaba tratando de preservar las normas de la amistad que existían entre nosotros para que las vulnerabilidades pudieran ser compartidas y se pudiera esperar comprensión y aceptación. Este acto de interpelarme no es algo excepcional en él, pues el incidente que llevó a su comentario humorístico consistió en su intento de hacer contacto por encima de las divisiones racionales con las tres mujeres blancas. En cierto sentido, el humor puede influir en la constitución de un enclave en el cual imperan normas dife-

rentes y contrarias a aquellas de la vida cotidiana; un enclave capaz de cuestionar las formas comunes en las cuales las diferencias profundas se mantienen y nunca son traspasadas.

CONCLUSIÓN

He descrito y analizado un caso particular para mostrar cómo la entrada en la provincia finita de sentido del humor puede ayudar, a través de la *epoché* humorística, a que uno tome distancia y haga visibles los compromisos normativos vivenciados y fácticos que constituyen diferencias profundas entre grupos raciales y culturales. A esto se suma que la tensión relajada de la conciencia de la provincia humorística permite la emergencia de frustraciones y rencores que, con frecuencia, son reprimidos por las normas que prevalecen; y, tal como ocurre en la provincia de los sueños, esos sentimientos encuentran expresión en configuraciones camufladas, las cuales, en el caso del humor, acatan hasta cierto punto restricciones normativas, en la medida en que el humor desplegado hace que los interlocutores se muestren receptivos a su expresión. Finalmente, el humor puede desempeñar un papel importante en la constitución de relaciones sociales íntimas en las cuales los interlocutores sean capaces de afirmar diferencias profundas y traspasarlas hasta cierto grado, todo esto dentro de un enclave regulado por normas que pueden funcionar como un contrapolo para las normas estándar de la vida cotidiana.

Aunque el humor es capaz de traspasar hasta cierto punto las divisiones en relaciones diádicas, como muestra este artículo, no ha quedado claro cómo puede ser usado para apoyar un cambio social amplio —por ejemplo, no se sabe si los comediantes pueden conseguir efectos similares con audiencias más amplias. Asimismo, también es claro que semejante cambio social dependería no sólo del humor, sino de enormes cambios estructurales, económicos y políticos; y aquí coincido con Charles Mills (1997: 125), quien sostiene que las diferencias raciales son “asuntos de poder político; no sólo concepciones erróneas mutuas que resultan del choque de culturas”. Además, el humor es ambivalente; puede ser parte de una relación transformadora o encerrar a endogrupos dentro de un círculo íntimo insidioso cuando ridiculiza a miembros-exteriores que permanecen anónimos y distantes. Por lo demás, en el caso que he descrito, la confianza interpersonal preexistió a la situación de compartir el humor, y la misma fortaleció la confianza; pero es claro que el tipo de dinámicas que describí podrían funcionar también para comenzar a establecer confianza ahí donde no existía antes. Si bien la provincia finita de sentido de la teoría difiere de la humorística, las colaboraciones entre las provincias son posibles: el humor, por su distancia y la confianza que construye, podría montar el escenario para análisis discursivos comunes de diferencias profundas; y la teoría puede criticar el humor o echar luz sobre su riqueza, como ha tratado de hacerlo este artículo. Quizá uno pueda resumir todo esto di-

ciendo que la provincia de sentido humorística tiene un gran potencial para elucidar, cuestionar y transformar las normas que mantienen las diferencias profundas entre individuos, culturas, grupos raciales y naciones.



BIBLIOGRAFÍA

- Appiah, K.A. (1992). *In My Father's House: Africa in the Philosophy of Culture*. Nueva York: Oxford University Press.
- Berger, P. (1997). *Redeeming Laughter*. Nueva York: Walter de Gruyter.
- Bergson, H. (1920). *Mind-Energy: Lectures and Essays*. Trad. H. Wildon Carr. Nueva York: Henry Hold and Company.
- Bergson, H. (1950). *Matter and Memory*. Trad. Nancy Margaret Paul y W. Scott Palmer. Londres: George Allen and Unwin, LTD; Nueva York: The Macmillan Company.
- Bergson, H. (1956). "Laughter," en H. Bergson, *Comedy*. Nueva York: Doubleday Anchor.
- Cohen, T. (1999). *Jokes. Philosophical Thoughts on Joking Matters*. Chicago: University of Chicago Press.
- Freud, S. (1963). *Jokes and Their Relation to the Unconscious*. Trad. James Stachey. Nueva York: The Norton Library.
- Husserl, E. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro primero. Trad. J. Gaos y A. Ziri6n. M6xico: UNAM/Fondo de Cultura Econ6mica.
- Martin, M. (1987). "Humor and Aesthetic Enjoyment of Incongruities," en J. Morreall (ed.), *The Philosophy of Laughter and Humor*. Albany: State University of New York Press.
- Mills, C.W. (1997). *The Racial Contract*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- Morris, C. (1946). *Signs, Language, and Behavior*. Nueva York: Prentice-Hall, Inc.
- Schutz, A. (1962). "On Multiple Realities," en *The Problem of Social Reality, Collected Papers 1*. Ed. Maurice Natanson. La Haya: Martinus Nijhoff.
- Schutz, A. (2011). "Reflections on the Problem of Relevance". en *Collected Papers 5: Phenomenology and the Social Sciences*. Ed. Lester Embree. Suiza: Springer.

SOBRE EL AUTOR

Michael D. Barber
St. Louis University – Estados Unidos
michael.barber@slu.edu

PhD por Yale University Profesor en filosofía en St. Louis University. Autor de varios libros y de más de ochenta artículos en el área de la fenomenología y el mundo social. Editor de la revista *Schutzian Research*. Presidente de *Interdisciplinary Coalition of North American Phenomenologists*. Miembro del comité ejecutivo de *International Alfred Schutz Circle for Phenomenology and Interpretive Social Science*.